

## LA CONCIENCIA Y LA HISTORIA

En los últimos cuatro años, Dionisia García ha publicado tres libros excelentes, prueba de su creativa madurez. El primero, *Correo interior* (2009), de tono biográfico, refiere la forja del yo en un pueblo, Fuente-Álamo o Alendero. Esa sombra subjetiva se proyecta sobre una infancia que asiste con inocencia al mundo y que se mueve entre el mito y el silencio, durante un periodo crucial de la historia del siglo XX. También ha aparecido el libro de aforismos *El caracol dorado* (2011), un ejercicio que convierte al decir en algo fuera del tiempo y que se caracteriza por su brevedad, autonomía y carga ética. Ahora, en su poemario *Señales*, editado —como los anteriores— por Renacimiento, la autora atiende a la conciencia y a la historia; aunque de trasfondo autobiográfico, según ha declarado, este libro elimina lo anecdótico que forma parte de la vida.

Dionisia García tiene una cualidad especial para nombrar que evita la contundencia de la palabra demasiado transparente: así, «Juego peligroso» hace más sugerente su propuesta sobre el poema; «Última morada» se refiere a la residencia que precede a la muerte; «Decisión última» se centra en el suicidio de Walter Benjamin; y «Fantasmas queridos» se remonta al verano. A menudo, lo que pudiera parecer un eufemismo —«Edad tardía» por vejez— cobra otro sentido y se niega a aceptar el tópico. Otras veces, el título aclara perfectamente el contenido: «Mensaje» descubre las palabras escritas por la madre; y algo similar ocurre con «Ante lo transitorio», que registra el comportamiento paradójico del hombre. Asimismo, el título del libro (*Señales*), aunque admite diversas interpretaciones, alude a la ceniza que deja la realidad, al destello que hallamos en las cosas. La autora parece decirnos que el mundo necesita ser interpretado; de ahí que el poeta se erija en el mediador que anuncia lo que ha visto, aquello que solo puede ser atrapado parcialmente.

Los poemas de Dionisia García muestran un curso sereno. Están escritos con un ritmo que pertenece a esa manera de decir, lenta y reflexiva, propia del lugar que llamó Alendero. A veces nos sorprende el hipérbaton que cierra la oración, o una palabra exacta que no esperábamos encontrar ahí. Casi todos los textos de *Señales*, cincuenta —distribuidos en dos grupos de veinticuatro, más un prólogo y un epílogo—, se componen de veinte o más versos; muy pocos sobrepasan los treinta; y, menos uno de siete, el resto tienen al menso diez. Por su parte, la métrica oscila entre heptasílabos, endecasílabos y alejandrinos. Los encabalgamientos, aunque no abundan, son suaves y aumentan la textura clásica del poema, pese a que la escena descrita pueda ser terrible. Esa mirada frontal a lo real se convierte en una constante que nace del compromiso con la verdad.

El libro se abre con un poema-pórtico titulado «Inutilidad de la tristeza», un manifiesto vital en el que la voz poética adopta una voluntad afirmativa que recuerda a la aceptación clásica de Garcilaso —«por no hacer mudanza en su costumbre»— y, simultáneamente, al existencialismo jubiloso de Guillén. Estamos ante un *Carpe diem* sereno, contemplado desde la madurez: «Que la serenidad no cese / y los días oscuros / sean preludio fiel / de los comienzos nuevo». Hay en esta primera declaración el deseo de mantener una firmeza ante los tiempos difíciles, tanto los ya vividos como los que están por venir. En la presentación del libro, el profesor Francisco Jarauta hablaba de la raíz estoica de esa actitud, y bromeaba con la *stoa* de Alfonso X, la calle donde tiene su domicilio la autora.

En *Correo interior*, Dionisia García remite a la palabra definitiva de la abuela Teresa, que, como Patronio, muestra a la niña el camino hacia la verdad. De esa manera, el poema presenta el dolor como parte consustancial de la vida, pero rehúye el viciocismo: «Si el dolor nos acecha, / vendrá sin animarlo». Este poema se construye con versos breves que tienden al aforismo: «Puede ser este instante / en la tarde de otoño / que ahora se vislumbra / con ocres y rojizos / brillando entre los árboles». El hombre ha de volver a la naturaleza y aprender de ella: de ese decir no diciendo que se traduce en señales.

*Señales* busca la complejidad y la complicidad. Tiene algo de oración, de hablar íntimo. Porque no estamos solos, porque convivimos, la belleza y el amor nos invitan a una dicha posible. Y, por si no hubiese quedado claro, tras un espacio, un verso taxativo resume el primer poema: «Para el ayer el llanto». El siguiente poema, «Juego peligroso», corresponde a la primera sección, titulada «Sinfonías quebradas». Ese texto marca las reglas del juego comprometido que es la escritura. Coincide Dionisia García con Juan Ramón Jiménez en el aforismo de corte institucionista donde declara: «Quien entrevé, lo verá». Su verso inicial es definitivo: «Nos vigila el poema y nos redime». El poeta es un mero cronista, se limita a dar cuenta del mundo al que asiste, y esa labor de transcripción es la que lo salva. El poema actúa, pues, como conciencia, y, como tal, no pierde su actitud vigilante. Somos testigos de su nacimiento y, al mismo tiempo, de la inquietud que provoca. El mundo es dual: se dan juntos vida y muerte, amor y desamor. Si el primer poema postulaba cierta impasibilidad ante la existencia, «Juego peligroso» se centra en la herramienta de la que se sirve el poeta: la palabra, bien colectivo que la autora pretende hacer suyo. Pese a todo, los dos versos finales («Dueños solo de ahora, en un mundo cansado / con horizonte frágil que impone su misterio») certifican que estamos lejos de una visión utópica; al contrario, contemplamos un mundo cansado.

Si este libro se ha escrito como búsqueda, para abordar el enigma debemos acudir a los poemas que siguen en *Sinfonías quebradas* y *Archivo inédito*. En ambos apartados, Dionisia García recuerda al primer Machado: «borrada la historia, / contaba la pena». En *Sinfonías quebradas* alternan temas de viajero e inquietudes de lector. Aquí se dan cita San Petersburgo y Buenavista; Auschwitz y el agua de las fuentes; las fronteras y el espacio cotidiano; el creador y el vendedor clandestino; el desconsuelo y la naturaleza. En «Lacrimae rerum», la autora se remonta al origen de su conciencia —«Es la primera vez que soy testigo»—, visita el paraje donde ha vivido y da testimonio de la desaparición. A su vez, en «Los zapatos», un objeto común será la señal que revele la tragedia de Auschwitz. La serie se cierra con «Edad tardía», que amonesta al lector que desprecia su pasado: «No vendas por tan poco cuanto fuiste». ¿Por qué estos poemas figuran bajo el epígrafe de *Sinfonías quebradas*? En dos de ellos, «Los zapatos» y «Maternidad», la vida queda literalmente quebrada; en otros, quizá el lector habrá de hacer un cierto esfuerzo para descubrir la nota que rompe la armonía.

Por su parte, *Archivo inédito* no supone una ruptura con respecto a la primera sección, aunque —quizá por las dedicatorias— exhibe un tono más familiar, más privado. El pasado no se presenta ahora como una visión azoriniana, sino como una constante vital impresa en las costumbres de la infancia, en las palabras que conservan el sabor de las cosas que se han ido, o en las frases que remiten a otro tiempo. El apartado se abre con «Reconocimiento», un canto de raíz horaciana que plantea la sempiterna oposición entre campo y ciudad. Destaca también «La bola de papel», que remite al lugar de la escritura (el café) donde Mandelstam podría haber comenzado un poema, y la tensión del proceso. En estas piezas se acentúa el clima elegíaco. Así ocurre en «Mensaje», dedicado a la madre, y en «J. A. G. del Valle», fragmento de una historia salvada del olvido.

El libro se cierra con un epílogo («Seguridades») que compendia su lección: «No has hallado aquello que buscabas». Dionisia García reconoce aquí que somos los huéspedes del tiempo, no sus dueños. Sin embargo, a veces la cronología se detiene y los días se ofrecen como un regalo: «Los días se detienen si te acercas y cantas, / si quieres recibir el natural prodigio. / Hoy la tarde te espera con sus dones / en el alto escenario que la plaza ilumina, / y colma el imafrente en su hermosura».

José Luis Martínez Valero  
*Ex Libris*, nº 13, Alicante, 2013